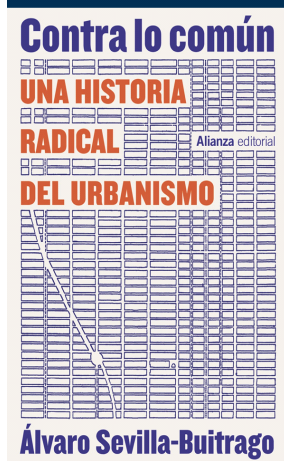


## Planos, estrategias y paisajes. Tres libros y muchas preguntas para las encrucijadas de urbanización planetaria<sup>1</sup>

Juan CASTILLO ROJAS-MARCOS

IUEM-Comillas, España

jcastillo@comillas.edu



### 1. La ciudad, como no-ciudad, fuera de la ciudad

Implosión y explosión. A través de esas imágenes Henri Lefebvre (2022) describía en *La revolución urbana* las dislocaciones que, a sus ojos, estaban desfigurando a las ciudades, y a la ciudad misma como fenómeno histórico hasta hacerla irreconocible. Desde la Francia de los primeros años 70 del siglo XX, Lefebvre miraba el mundo desde un lugar y un momento muy distinto al nuestro. A ambos lados del telón de acero parecían inmovibles unos órdenes políticos centrados en una voluntad y capacidad planificadora del Estado enormes y en constante expansión (aunque en ambos casos la burbuja de su frágil hegemonía estallaría antes de lo que nadie podía imaginar). A ambos lados de la frontera colonial, la industrialización de la economía y de la vida cotidiana avanzaban imparables, atrayendo a masas enormes hacia las ciudades, que crecían a un ritmo inaudito y de un modo caótico y disfuncional. Frente a ese escenario, y a ambos lados de cualquiera de esas grandes fracturas planetarias, se respiraba un ambiente de efervescencia utópica, y los esfuerzos colectivos por imaginar y hacer florecer un mundo emancipado y libre parecían rebosar ambición y audacia.

Entonces: implosión y explosión. En ese marco, Lefebvre observaba lo que el acelerado capitalismo de Estado de su época le estaba haciendo a las ciudades del mundo y se cuestionaba que siguiera teniendo sentido llamarlas por ese nombre. Implonaban: su crecimiento descontrolado y segregación funcional radical llevaba sus contradicciones más allá de un límite que les hacía perder todo lo que les hacía ciudades. Se multiplicaban las zonas estrictamente residenciales y las exclusivamente producti-

<sup>1</sup> Este ensayo bibliográfico se ha elaborado a partir de la reseña de las obras *Venir de barrio estrategias familiares, espacio y clase en los PAU de Madrid* de Inés Gutiérrez Cueli (2023, CSIC, 407 pp.), *Contra lo común. Una historia radical del urbanismo* de Álvaro Sevilla-Buitrago (2023, Alianza, 368 pp.) y *Migrascapes. Paisajes étnicos, mediáticos y de ideas* de Juan Pablo Aris Escarcena, Anastasia Bermúdez Torres, Simone Castellani, Francisco José Cuberos Gallardo, Emma Martín Díaz, Marta Rodríguez-Cruz (2023, Catarata, 407 pp.)

vas, reduciéndose los espacios habilitados para albergar esa vida social no supervisada, efervescente y creativa que tradicionalmente había caracterizado a lo urbano. La relación entre centro y periferias urbanas pasaba de ser una integración desigual en un mismo conjunto funcional, mal que bien usado y vivido por todos sus habitantes, a unas formas cada vez más drásticas de segregación en torno a líneas de clase y, a menudo, también de raza. Las ciudades, además, perdían su singularidad, su condición de obra histórica más o menos coherente, más o menos reconocible, más o menos única, estandarizándose globalmente la producción en serie de edificios, espacios y barrios como se producen mercancías de consumo en una cadena de montaje.

Pero en ese mismo movimiento el mundo urbano explotaba hacia afuera, proyectándose y colonizando espacios mucho más allá del límite tradicional entre el campo y la ciudad. El tejido urbanizado y edificado se expandía sobre el espacio natural como una mancha de aceite. De forma definitiva el mundo agrario era incorporado como pieza subalterna a maquinarias de acumulación de capital centradas en las ciudades, perdiendo cualquier reducto de autonomía. Y además las formas de vida social distintivas de esos espacios se desvanecían, imponiéndose también allí subjetividades y prácticas originadas en las ciudades. Se proyectaba, así, en el horizonte un mundo ya no dividido entre campo(s) y ciudad(es), y, de hecho sin ciudades propiamente dichas, sino colonizado al completo por un tejido urbano universal pero informe, fuera por completo del control de sus propios habitantes pero amoldado a las necesidades de valorización del capital.

Está claro que, tras 1979, tras 1991, tras 2001, tras 2007, tras 2020... nuestro mundo se parece muy poco al de Lefebvre en sentidos cruciales. Y podemos no querer acompañarle en ese último salto lógico, algo extraño, por el cual ya no debemos llamar ciudades a las ciudades. Pero sí hay que reconocer que las tendencias que él englobaba en esa implosión/explosión no sólo eran acertadas, sino que se prolongan hasta nuestros días yendo incluso más allá de lo que era imaginable en su tiempo. Haciéndose eco de esas mismas tendencias, la llamada línea analítica de la urbanización planetaria lleva años estudiando aquellas encrucijadas en que se pone de manifiesto esa expansión de un mundo urbano sin urbanidad sobre un mundo rural subalterno y desfigurado (Brenner, 2013). Encrucijadas como la urbanización de espacios naturales en torno a industrias extractivas en el sur global (Arboleda, 2016) o la explosión de espacios residenciales urbanizados en las lindes o directamente fuera de las ciudades a través de distintas formas de suburbanización (Keil, 2018).

Otra de esas encrucijadas donde la urbanización planetaria se vuelve especialmente visible es en los espacios de la agroindustria. En muy diversos contextos por todo el planeta vemos cómo áreas más o menos extensas de terreno rural, que albergaban formas económicas y sociales campesinas, se transforman en un sentido que las industrializa, las inserta en redes globales de distribución de alimentos, y les impone unas formas de

trabajo, vida y organización espacial que parecen recrear una periferia obrera urbana en contextos que no dejan de ser agrícolas.

En esos enclaves, el trabajo agrícola se salariza y se organiza de forma taylorista, la racionalización científico-técnica de la producción adquiere rasgos futuristas, y el suelo y recursos naturales se extralimitan y envenenan (Molinero, 2020). Por todo el mundo, además, las tareas de trabajo manual y peor pagado las desempeñan trabajadoras y trabajadores migrantes: desde las personas mexicanas en Estados Unidos y Canadá, a las rumanas por toda Europa occidental, las filipinas y vietnamitas en Japón, las haitianas en República Dominicana, las tailandesas en Suecia o Israel y, a su vez, las camboyanas en Tailandia, o las polacas en Alemania y, a su vez, las ucranianas en Polonia.

¿Con qué recursos teóricos contamos para analizar cómo se organiza y produce el espacio en esos territorios? En lo que queda de este ensayo voy a recopilar herramientas analíticas para discutir este problema. Para hacerlo, voy a empezar por reseñar tres libros recientes que proponen abordajes sugerentes del estudio de lo urbano. Son muy diversos entre sí y, a priori, no relacionados con el tema que planteo, pero contienen materiales interesantes que podemos rearticular. Después continúo leyendo, a modo de cuarta reseña del ensayo, los códigos inscritos en esos territorios de la agroindustria migranzada, observables a la vista de todos los que quieran mirar en su dirección. Finalmente, pongo a dialogar las dos partes de la ecuación, sugiriendo preguntas que hacer a esos territorios de urbanización planetaria que acaso puedan acercarnos a comprender sus procesos de producción espacial.

## **2. Reseñas**

### **2.1. *Contra lo común***

*Contra lo común* es un ensayo histórico de Álvaro Sevilla-Buitrago (2023) en el que hace una crítica radical de la tradición del urbanismo, de la planificación espacial como proyecto histórico. Utiliza un enfoque genealógico: comienza remontándose al primer precedente de la planificación espacial en sentido moderno, analiza las características y lógicas que lo estructuraron en ese contexto germinal, y de ahí va saltando a sucesivos casos de estudio posteriores. Paso a paso va desgranando tanto las continuidades que hay entre las distintas épocas como los nuevos desarrollos que se van produciendo en las técnicas y dispositivos de planificación estatal.

La idea fundamental que va demostrando a través de ese recorrido es que el diseño y despliegue de técnicas de planificación espacial desde el Estado es un fenómeno históricamente indisoluble de la instauración de formaciones sociales de capitalismo industrial. Y en particular que, en distintos momentos en que esas sociedades han enfrentado crisis y/o han visto cuestionado su orden de clase, la planificación espacial ha sido para las clases dominantes una herramienta vital para "descomunizar". Esto es, para disolver todas aquellas formas de vivir y organizarse de las clases subalternas que les permitieran

desarrollar tareas de producción y reproducción social de forma autónoma y, así, reman a contracorriente de su proletarización y sometimiento.

Son cuatro los casos de estudio históricos que va analizando, cada uno en un capítulo. Comienza por centrarse en el largo proceso de cercamientos de los terrenos comunales en la Inglaterra, sobre todo en los siglos XVII, XVIII y XIX. Describe, primero, las formas de vida y producción-reproducción relativamente autosuficientes y con una alta densidad comunitaria cotidiana que esos comunes posibilitaban. Seguidamente, analiza las distintas formas de intervención desde arriba que sirven para transformar y privatizar esos espacios, rompiendo así las bases materiales de esa vida en común y sentando las bases para la aparición en Reino Unido de una clase propiamente proletaria, sin más medios para subsistir que el sometimiento al trabajo asalariado.

La clave analítica es cómo la estrategia que la clase burguesa emplea para transformar en ese sentido la vida y las disposiciones sociales de los grupos subalternos es, ya desde ese momento originario, una intervención sobre sus espacios, cartografiándolos, privatizándolos, acotando y racionalizando sus usos, etc. Y, además, este análisis sobre este proceso en particular resulta especialmente sugerente cuando se lo lee buscando herramientas para pensar las actuales formas de urbanización planetaria, con lo que tienen de cruce entre lo urbano y lo rural, de superposición de lo primero sobre lo segundo. El propio Sevilla-Buitrago (2013), en un texto anterior, planteaba este largo proceso de cercamientos como una suerte de urbanización planetaria originaria.

Sigue con el análisis de los primeros episodios de reforma urbana a gran escala en Nueva York y Chicago, desarrollando el concepto de "comunes de la publicidad": comunes (formas de organización, interrelación y uso del espacio) que refuerzan el control de los espacios públicos por parte de los sectores subalternos, permitiéndoles usarlos como plataforma para actividades cotidianas de reproducción social autosuficiente, que reducen su dependencia de las clases dominantes. Según el autor, en esas ciudades americanas en el siglo XIX e inicios del XX la clase trabajadora migrante había desarrollado unos comunes de la publicidad tan amenazantes, que llevaron a los grupos gobernantes a idear formas sistemáticas de intervención disciplinadora sobre el espacio público como respuesta.

Después continúa con el concepto relacionado de "comunes de la centralidad": formas similares de interrelación obrera en el espacio público urbano que, además, logran una acumulación de fuerzas y una articulación de contrapoderes tal que ponen en cuestión el reparto funcional entre las áreas (y grupos) centrales y periféricas de la ciudad, ejerciendo en la práctica contra-centralidades alternativas. Lo expone en relación al conflicto de clase en el Berlín de la República de Weimar. Analiza cómo los edificios de vivienda colectiva obrera y sus espacios semipúblicos (equiparables a nuestros corrales de vecinos) acogían una alta densidad asociativa obrera y diversas conductas contrahegemónicas. Esos espacios se convierten en objetivo a batir prioritario del ayuntamiento, por

ejemplo, canalizando población proletaria a nuevos desarrollos urbanísticos de vivienda obrera (y en principio mejor equipada) en las afueras de la ciudad.

Finalmente, como último caso de estudio analiza la explosión de creatividad subalterna y autogestionaria que, en el Milán de los años 70, pretendía transformar y reapropiarse de los barrios periféricos de manos del movimiento autonomista. Movimiento que, por cierto, es un exponente destacado de esa imaginación utópica desafortunada de la que hablábamos al ubicar históricamente las reflexiones urbanas de Lefebvre. Sevilla-Buitrago analiza aquí cómo el Estado responde no sólo con represión, sino también cooptando buena parte de ese torrente de creatividad para formas domesticadas de estetización y co-creación de espacios supeditadas ahora a estrategias de valorización de los espacios.

Un punto fuerte del libro es cómo en todo momento reconoce y explora las contradicciones, límites y matices de esa misma función disciplinadora del urbanismo que está tratando de demostrar en varios sentidos, como, para empezar, la incapacidad técnica y, sobre todo, política de la clase dominante para lograr por completo los objetivos deseados de sus intervenciones espaciales. En todos los casos los planes del Estado y sus expertos encuentran como límite estructural la resistencia y capacidad de reacción y renegociación de la población subalterna a la que se dirigen, en distintas formas y grados. Además, también en todos los casos la puesta en práctica de esas intervenciones urbanísticas es más ambivalente de lo que parece. Suelen envolverse en retóricas reformistas y progresistas. Y, de hecho, es cierto que a menudo incorporan elementos tangibles de mejora material, si bien siempre a cambio de un disciplinamiento de las conductas, una aceptación del orden y un despeje del espacio público.

Otro aspecto muy sugerente de esta obra es la forma en que plantea como uno de sus objetivos explícitos el ayudar a alumbrar posibles futuros alternativos que avancen en una dirección emancipatoria. Si bien esa vocación se anuncia ya desde el principio y deja entreverse a lo largo de todo el recorrido, florece especialmente en un capítulo de cierre dedicado por entero a ello. Lo que aquí plantea es que leamos esa historia del urbanismo a contrapelo, haciendo hauntología tanto de las posibilidades que él mismo fue cancelando como de los elementos reformistas o incluso potencialmente emancipadores que respiraban dentro de sus propuestas. Que imaginemos otras maneras de recuperar y rearticular todo eso ahora, ideando formas posibles de planificación espacial desde abajo, puesta al servicio de la comunización y no a la inversa.

## **2.2. Venir de barrio**

En *Venir de barrio*, Inés Gutiérrez Cueli (2023) narra los resultados (y algunas cosas más) de una investigación etnográfica sobre un tipo muy concreto de expansión urbana reciente en Madrid (con desarrollos equivalentes también en el resto de España): los Programas de Actuación Urbanística, conocidos como PAU. Se trata de crecimientos urbanos inmensos, conformando cada uno de ellos barrios de muchos miles de habitantes, con cierta diversidad entre sí pero que comparten ciertos elementos. Se componen de

urbanizaciones cerradas y orientadas hacia dentro, con espacios comunes y múltiples servicios privados. Los espacios públicos entre esas urbanizaciones son amplios, diáfanos y vacíos, su uso por los vecinos es mínimo.

Además, apenas hay establecimientos comerciales ni servicios públicos, con lo que es *imprescindible* un uso cotidiano constante del coche privado. Este conjunto de rasgos, junto a la lógica epocal general en que se insertan y las disposiciones que a su vez favorecen en sus habitantes, hace que la autora se refiere a este nuevo tipo de barrio como “periferias neoliberales”. En cierto sentido, tendiendo un puente con el libro anterior: es como si en estos PAU encontráramos la herramienta mejor afinada de planificación espacial descomunizadora, descartando de antemano a través de la propia estructuración del espacio cualquier posible reemergencia de comunes de la publicidad o de la centralidad, o, en general, cualquier uso intenso y desobediente del espacio público.

*Venir de barrio*, no obstante, no se dedica a una crítica estructural de esa lógica que anima el diseño de los PAU o de sus posibles efectos sociológicos, sino que más bien busca comprender las racionalidades prácticas que animan a sus habitantes. Además, no se interesa por todos los PAU en general, sino por aquellos ubicados en las inmediaciones de las periferias obreras tradicionales del sur y este de la ciudad, y que mantienen con esos barrios más continuidades de lo que resulta evidente a simple vista. Centra, de hecho, su estudio en el sector del vecindario que ahora reside en el PAU, pero tiene sus orígenes familiares en esos barrios obreros colindantes (mayoritario en este PAU en concreto) y, en particular, en las mujeres de ese grupo. La autora, como desarrollo de su investigación doctoral, llevó a cabo una incursión etnográfica en el PAU de Carabanchel. Durante meses residió en dos de sus urbanizaciones, insertándose de diversas –y a veces precarias– formas en su entramado relacional, vinculándose en particular a ciertas (redes de) vecinas y ensamblando desde ahí una comprensión profunda de sus aspiraciones, motivos y prácticas cotidianas.

Sus análisis se construyen en torno a una noción fundamental: la de que mudarse al PAU responde a ciertas estrategias familiares de reproducción social. Se trata no tanto de planes explícitos cuanto de entramados semiconscientes de conductas, disposiciones y decisiones orientadas a usar todos los recursos (económicos, inmobiliarios, cognitivos, etc.) a disposición del núcleo familiar para lograr, sencillamente, vivir mejor, estar más cómodos, y evitarle a la generación siguiente las carencias y sufrimientos que padeció la anterior. La autora construye este enfoque frente a las nociones de sentido común mediático y social sobre los PAU popularizadas en los últimos años. Esos discursos suelen dibujar los PAU como espacios de alienación, y a sus habitantes como víctimas culpables de una falsa conciencia y un aburguesamiento al menos ideológico que les llevaría, entre otras cosas, a votar acríticamente a las derechas.

Lo que aquí se propone, en cambio, es algo mucho más fructífero e interesante. Frente a una elección residencial y una forma de estar en el espacio y hacer espacio a priori in-

comprensibles o incomprendidas, Cueli se pregunta qué elementos del contexto biográfico y social hace falta tener en cuenta para que esas prácticas se vuelvan razonables a nuestros ojos. En su análisis, eso incluye tener en cuenta elementos como la cultura de la propiedad inmobiliaria como ascenso social, promovida por el Estado desde hace décadas, unida a las escasas alternativas inmobiliarias asequibles en el momento en que los actuales residentes del PAU se independizaban, así como el retroceso estructural del Estado como proveedor de servicios públicos, que hace no sólo atractiva sino materialmente conveniente la expansión de la esfera privada y el acceso a servicios privados que ofrecen las urbanizaciones del PAU.

Esta argumentación se estructura a lo largo de cinco capítulos. Primero, una introducción y un Capítulo 1 que conjuntamente presentan la investigación y la ubican en el marco de décadas de evolución de la sociedad española, sus clases trabajadoras, su economía política y su sector inmobiliario, incluyendo la descripción del fenómeno de los PAU. En el Capítulo 2 la autora disecciona minuciosamente su proceso etnográfico a un nivel tan metodológico como vivencial. Expone aquí desde los devaneos en la construcción teórica de su objeto de estudio hasta escenas de verdadero terror que tuvo que vivir en su primer piso en el PAU, pasando por reflexiones acerca de las dificultades estructurales de acceso al campo, o sobre el lugar de la escritura en el análisis durante y tras el trabajo empírico.

El Capítulo 3 expone y argumenta en profundidad la tesis de esas estrategias familiares de reproducción como fundamento de las decisiones (residenciales, relacionales, escolares, etc.) de las vecinas del PAU, describiendo una a una esas estrategias que ha identificado. En el Capítulo 4 se pregunta por las posiciones de clase de las habitantes del PAU, y en concreto, del sector mayoritario y en el que ella centra su análisis: “los hijos e hijas de la periferia obrera”. Encuentra cómo, lejos de una adscripción cerrada a la clase obrera de sus orígenes familiares o a la clase media en que habitualmente se les ubica, tanto las vivencias, la situación socioeconómica, como la autoidentificación de estas vecinas se sitúa más bien en una ambivalencia, una constante tensión entre esas dos posiciones ideales. Finalmente, el Capítulo 5 hace el rol de sección de conclusiones.

Cabe decir que, junto a todo lo ya comentado, un punto fuerte de este libro es el excepcional ejercicio de reflexividad y transparencia metodológica que hace la autora a lo largo de todo el libro y, muy en particular (aunque no sólo), en su segundo capítulo, dedicado por completo a esta cuestión. Con todo lujo de detalles, y una honestidad y autoexposición a veces sorprendente, la autora nos va haciendo acompañarla en el camino que atravesó desde sus expectativas iniciales hasta la escritura final de su tesis –con todos los devaneos, recodos y aparentes pasos en falso que el proceso supuso–, lo cual resulta especialmente interesante cuando uno sigue leyendo y constata que el resultado de todo ese proceso es deslumbrante, el material empírico deja entrever una gran riqueza y los análisis son realmente lúcidos. Como nota personal: habiendo llegado a *Venir*

*de barrio* en mi primer año de doctorado, con un trabajo de campo ya hecho pero a tiempo de hacer más, no puedo dejar de reconocer y agradecer cómo esta lectura me ha inspirado a construir mi próximo campo como una etnografía, a centrarlo más en la profundidad de mi incursión que en la velocidad y la cantidad de entrevistas u otros resultados inmediatos. Lo digo por reconocimiento a la autora, y por si esto animara a leer esta maravillosa etnografía a otras personas en un momento vital y académico parecido al mío.

### **2.3. Migrascapes**

*Migrascapes* (Aris Escarcena, et al., 2023) es un libro colectivo que recoge los distintos resultados de un proyecto de investigación sobre las prácticas, representaciones y discursos sobre los flujos migratorios a escala urbana en el contexto de la pandemia del COVID-19. En ese sentido es y, sobre todo en unos años, será un testimonio de su época, pues fue una de esas investigaciones empíricas previstas que tuvo que replantearse por completo al toparse en el mismo momento de arrancar con la pandemia, el confinamiento y el periodo más largo de movilidad limitada e inaccesibilidad parcial de muchos entornos. Se reconstruyó como un estudio anclado en el cruce entre dos elementos. Por un lado, una metodología armada para permitir la investigación de estas realidades en condiciones de no presencialidad. Esto implicó concatenar el despliegue de etnografías digitales con el análisis crítico de los discursos accedidos virtualmente y el trazado de cartografías, junto a la sugerente propuesta de usar la interseccionalidad no como paradigma teórico sino como artefacto metodológico (como forma de interrogar a los problemas sociales estudiados acerca de las intersecciones que los constituyen).

Junto a esto, incorpora el marco teórico de los paisajes migratorios de Arjun Appadurai (1990), operacionalizando sus categorías para analizar y comprender casos de estudio concretos de transformación social asociados a migraciones en contextos urbanos. Estos paisajes (que pierden algo de elegancia frente a su forma inglesa: la raíz *-scapes* combinada con distintos prefijos) son el dispositivo de que se sirvió Appadurai para señalar cómo ya no pueden pensarse los fenómenos sociales como hechos geográficamente enclaustrados, explicados únicamente por factores y causas localizables en sus mismos territorios. Recalcaba la naturaleza fluida, dislocada y abigarrada de lo social contemporáneo movilizando la idea de composición compleja de diversos elementos que la imagen del paisaje evoca. Y distinguía cinco tipos de paisajes.

Para empezar, los paisajes étnicos, referidos al conjunto de personas y grupos de los más diversos orígenes y vínculos con el territorio que cohabitan cualquier espacio en un momento dado: población nativa (en sí misma a menudo diversa), migrantes, refugiados, turistas, trabajadores desplazados, estudiantes extranjeros, viajeros en tránsito, etc. A través de ese concepto, la composición social de los territorios contemporáneos se nos muestra como un complejo entrecruce de poblaciones diversas, interdependiente con otros muchos paisajes étnicos a través de todo tipo de redes translocales, vínculos



con los distintos orígenes y trasiego de recursos materiales e inmateriales. También están los paisajes de ideas, el fluir igualmente multisituado de ideologías y políticas, globalmente difundidas pero interpretadas y rearticuladas con materiales locales en cada contexto; y los paisajes mediáticos, la difusión local, nacional y transnacional de contenidos de diversos medios de comunicación que, entre otras cosas, movilizan representaciones de los paisajes étnicos, a través de los cuales estos son percibidos en gran medida.

Esa triada en conjunto –paisajes étnicos, mediáticos y de ideas– conforman el marco teórico aplicado a los distintos casos de estudio incluidos en *Migrascapes*. Así, el hilo conductor del libro es, precisamente, la aplicación de este dispositivo a distintos casos de estudio concretos, con la doble operación que esto permite. Por un lado, por el aporte científico que el estudio de esos casos, así teóricamente contruidos, constituye en sí mismo. Pero, además y sobre todo, como forma práctica de proponer ese dispositivo teórico-metodológico, y mostrar su fecundidad analítica. Además, Appadurai consideraba originalmente también los paisajes financieros y tecnológicos (de nuevo, las constelaciones cristalizadas en cada momento y lugar por el fluir transnacional de capitales y tecnologías). Sin embargo, estos no son aplicados directamente en este trabajo, aunque sí los tengan en cuenta a nivel teórico.

La obra se estructura en torno a tres capítulos centrales, cada uno dedicado a una de las categorías constitutivas del dispositivo. Antes hay un Capítulo 1 (Martín Díaz, 2023a: 11-46) que presenta la lógica de la investigación y del libro, haciendo las veces de introducción, marco teórico y metodología. Arrancando la parte central del libro, el Capítulo 2 (Aris Escarcena, Castellani y Cuberos Gallardo, 2023: 47-100) se organiza en torno a la noción de paisajes étnicos. En concreto, se construye como una comparación entre tres casos de estudio sobre colectivos subalternos y racializados presentes en distintos paisajes étnicos: personas migrantes rumanas y de etnia romaní en el barrio berlinés de Neukölln, personas nativas españolas y de etnia romaní en el Polígono Sur de Sevilla y (descendientes de) personas migrantes caboverdianas en Cova de Moura, en Lisboa. Se estudia cómo se percibe socialmente a cada uno de esos colectivos, sus espacios y sus prácticas, y cómo en contexto pandémico esos discursos mutaron hacia unas representaciones de sujetos antisociales e incontrolables, portadores por tanto del peligro y la enfermedad, en cierto sentido re-biologizando su estigmatización.

El Capítulo 3 analiza y compara diversos paisajes mediáticos relativos a colectivos migrantes: los ecosistemas de representaciones mediáticas sobre niñas, niños y adolescentes no acompañados en España y Estados Unidos, y sobre solicitantes de asilo provenientes de Latinoamérica en España (Rodríguez-Cruz y Bermúdez Torres, 2023: 101-168). Los análisis muestran y subrayan cómo, más allá de las diferencias entre cada caso, los discursos mediáticos sobre esos colectivos migrantes instituyen un sentido común simplificador y codificador de sus experiencias, movilizandando metáforas e imágenes

que responden a dos ejes discursivos. El “eje humanitarismo-victimización” se apiada de los migrantes pidiendo su protección desde una mirada que los infantiliza y victimiza negando su capacidad de agencia, mientras el “eje amenaza-seguridad” los construye como conflictivos y los vincula a la violencia y la delincuencia, presentándolos como presencias indeseables en el territorio.

El Capítulo 4, sobre los paisajes de ideas (Díaz, 2023b: 169-244), es el que más pone el foco, precisamente, en ese ejercicio de agencias migrantes invisibilizado en prensa. Aquí el caso de estudio es el movimiento social antirracista y pro-regularización #RegularizaciónYa. Se analiza el salto discursivo que supone presentarse como un movimiento de migrantes y personas racializadas, enunciado en primera persona, respecto a las trayectorias previas de colectivos pro-migrantes, así como las reacciones ideológicas de la política institucional española a sus jugadas en el discurso público, accedidas a través del debate parlamentario sobre la iniciativa legislativa popular de regularización vinculada al movimiento. Cierra, finalmente, un Capítulo 5 de conclusiones (Aris Escarcena, 2023: 245-250).

En conjunto, *Migrascapes* nos proporciona un arsenal teórico y metodológico interesante porque nos ayuda a mirar a los colectivos migrantes como pieza de la composición social general (el paisaje) en que se insertan, lo cual abre toda una línea de indagaciones. Nos habilita a preguntarnos no sólo cómo les impactan las estructuras de destino y cómo ejercen agencia en la definición de sus propias vidas, sino también cómo su presencia, sus prácticas y la diferencia que portan consigo moldean la sociedad de destino, sus equilibrios sociales y culturales y sus espacios.

#### **2.4. Los espacios de la agroindustria y sus dicotomías**

Tras haber reseñado en las páginas anteriores los tres libros en los que se apoya este ensayo, reviso ahora la otra parte de la ecuación: los espacios de la agroindustria. Reconstruyo su espacio social, en el sentido de mapear tanto el reparto de posiciones dentro de su estructura social, las demarcaciones del espacio físico, como las formas en que ambas capas ontológicas se anudan. Al tratarse de realidades no sólo de gran complejidad sino, sobre todo, con diferencias abismales de unos casos a otros, y que voy a retratar en un fragmento muy breve, lo hago desde un enfoque del mínimo común múltiplo. Hago una descripción inevitablemente superficial y simplificada de estos espacios sociales, pero a cambio logro que el esquema básico que planteo sea una estructura subyacente a todos los distintos casos (al menos, a todos aquellos mencionados y revisados). Para reconstruir esos patrones globales, recopilo y despliego evidencias de fuentes diversas, tanto literatura científica como prensa, informes de sociedad civil, documentos públicos, etc.

¿Qué evidencias encontramos que nos hablen de las posiciones ocupadas por los distintos sujetos sociales en los espacios de la agroindustria? Poniendo el foco en las trabajadoras y trabajadores migrantes del sector, en todas partes encontramos testimonios de

distintas formas de explotación –o sobreexplotación, si entendemos que, por definición, en un marco capitalista todo trabajo asalariado es explotado–. Sobre estas personas trabajadoras se cruzan diferentes factores estructurales de desempoderamiento e indefensión, como la falta de otras alternativas laborales (en la agricultura la informalidad suele ser norma, a diferencia de otros sectores), la amenaza de la deportabilidad, la total desconexión respecto de los mecanismos existentes (legales, sindicales, etc.) para la protección del trabajo o la invisibilidad (física, literal) de los espacios en que trabajan. Esa indefensión estructural favorece los bajos salarios, la aceptación de condiciones laborales precarias o la exposición a situaciones abusivas y tratos vejatorios, como por ejemplo se ha constatado que es frecuente en los sectores agrícolas de toda Europa (Ruiz Ramírez, Castillo Rojas-Marcos y Molinero Gerbeau, 2024; Borges y Huet, 2020).

No se limita al continente europeo. Por ejemplo, en Corea del Sur y Japón encontramos reportes de casos en que a personas trabajadoras agrícolas llegadas de otros países asiáticos a través de programas estatales de migración temporal se les ha pagado sueldos irrisorios, por debajo de lo acordado, y expuesto a situaciones abusivas (Ramos, 2024; KTimes, 2024; Williams, 2024). Al igual en territorios del sur global, como ilustran los casos de las haitianas y haitianos que hacen trabajo agrícola en República Dominicana (Leos, 2023), o en Tailandia aquellas provenientes de países vecinos como Camboya (Musikawong, 2022). Como tendencia global, la violencia estructural es el trasfondo de sus condiciones de vida y trabajo, recrudecida a veces en forma de violencia interpersonal directa. Muy en particular, la violencia sexual hacia mujeres trabajadoras se denuncia con frecuencia en los campos de España, Estados Unidos o Canadá (Pascual, 2022; Sanz, 2023; Fries, 2023).

La verticalidad abismal en la relación laboral aparece entrelazada con un desdén por la salud y la vida de la fuerza de trabajo migrante, con lo que esto implica de imposición de jornadas e intensidades de trabajo que ponen sus cuerpos al límite y, en ocasiones, llegando a poner sus vidas en peligro. A veces da la sensación de que ya ni nos sorprende ni nos impacta la noticia sobre una persona migrada que muere trabajando en el campo (Drenon y Debusmann, 2024; Parent y Levitt, 2024; Cuatro, 2024; Wilson, 2024), o por las condiciones de extrema precariedad que la agroindustria irradia a su alrededor (Baéz Boza, 2024; Reviejo, 2022).

En este sentido la gestión de la fuerza de trabajo en la agroindustria se revela como una necropolítica, demarcando qué vidas deben ser protegidas y qué categorías humanas son susceptibles de ser usadas como herramienta de extracción de plusvalor hasta reventar (Mbembe, 2003; Kotsila y Argüelles, 2024). Y habida cuenta de los esfuerzos que suelen hacer los Estados-nación para mimar al sector, proteger sus intereses y garantizar que obtiene la fuerza de trabajo que necesita (Ruiz-Ramírez, Castillo-Rojas-Marcos y Molinero-Gerbeau, 2024; Palumbo, Corrado y Triandafyllidou, 2022), se trata de necropolíticas de Estado. Más aún si tenemos en cuenta que la principal de las distintas

líneas de clasificación que separa a los cuerpos desechables y no desechables es la de pertenencia al Estado-nación.

Estas necropolíticas de Estado en torno a la agroindustria son llevadas a un paroxismo grotesco en Israel, que mantiene a personas trabajadoras de nacionalidad tailandesa recogiendo fruta en territorios del norte del país que son frente de guerra entre las IDF y Hezbollah, de los que sí evacúa a sus ciudadanas y ciudadanos (Aljazeera, 2024; Neuman y Estrin, 2024). Todo ello nos habla, como patrón global en los espacios agroindustriales, de una estructura social polarizada en torno a una intersección de posiciones de clase, nacionales y etnoraciales. La descampesinización y salarización del trabajo requiere importar un proletariado migrante que es devorado por la cadena de montaje a cielo abierto de la agroindustria como un insumo dispensable más. En el polo opuesto está la clase capitalista agraria nativa, a cuyas estrategias de acumulación de capital responde la subalternización y deshumanización de ese proletariado extranjero.

El desprecio por la vida de la clase trabajadora migrante encuentra un anudamiento material también en los lugares en que a menudo habita. Allá donde miremos encontramos a las personas trabajadoras migrantes de los enclaves agroindustriales residiendo en infravivienda, en condiciones precarias y, a menudo con distintas formas de hacinamiento e insalubridad. Desde Canadá (Caxaj, Weiler y Martínez, 2024; CBC, 2021) o Estados Unidos (Saldanha, 2022) a República Dominicana (Leos, 2023) o Tailandia (ILO, 2022), pasando por el conjunto del continente europeo (Ruiz Ramírez, Castillo Rojas-Marcos y Molinero Gerbeau, 2024) encontramos testimonios de trabajadoras y trabajadores migrantes viviendo en alojamientos proporcionados por sus empleadores dentro de las mismas fincas. En todos estos casos esas personas se encuentran aisladas y bajo el control de sus jefes las 24 horas del día, tanto en horario laboral como de descanso, y en muchos también el alojamiento es deficiente y carece de los servicios más básicos. En Corea del Sur se han reportado migrantes que enfrentaban todos esos mismos problemas pero ni siquiera residían en alojamientos propiamente dichos, sino que se los hacinaba dentro de los mismos invernaderos (Brook, Sao, 2021).

Junto a esto, otro modelo habitacional globalmente asociado a la agroindustria son los asentamientos chabolistas, identificados entre otros lugares en España, Italia (Ruiz Ramírez, Castillo Rojas-Marcos y Molinero Gerbeau, 2024), Perú (Erwin, Silva y Ma, 2023) o Estados Unidos (Millis, 2015; Mukhija y Mason, 2014). En estos espacios los peores aspectos materiales del modelo anterior se muestran aún con más crudeza: el hacinamiento, la insalubridad —convirtiéndose en verdaderos focos de enfermedades y contaminación del territorio—, el aislamiento respecto de servicios y de otros grupos sociales, y, en general, la miseria. Sin embargo, no hay que pasar por alto que, en estos espacios, al menos las personas trabajadoras son dueñas de su tiempo una vez termina la jornada laboral. Y, de hecho, tanto la construcción y disposición de las viviendas, la organización de los espacios, las formas de relacionarse y los espacios de encuentro habi-

litados para ello: todo eso es autoorganizado por ellas mismas en función de sus deseos, preferencias o necesidades, siempre considerando los límites sustanciales que suponen tanto su situación de desposesión material, como las regulaciones y represiones impuestas por los Estados u otras instancias de poder locales.

Ambas formas de habitabilidad, aunque manifiestamente diferentes, comparten una estructura común de opresión que perpetúa la precarización y exclusión de las trabajadoras y trabajadores migrantes de las agroindustrias de planeta. Estas condiciones están marcadas no sólo por la inseguridad habitacional y las condiciones de inhabitabilidad de esos lugares, sino también por la drástica segregación espacial. Se los confina a espacios remotos en el ámbito rural, distantes de las áreas habitadas por las comunidades locales, reforzando la invisibilización de estos sujetos. Esta realidad, el correlato espacial de la polarizada estructura social de los enclaves, constituye una forma de violencia estructural que explota y despoja a las trabajadoras y trabajadores migrantes, consolidando dinámicas de exclusión y subordinación que deben ser enfrentadas y desmanteladas.

Además, en conjunto ambas modalidades, junto con el desarrollo de la propia infraestructura productiva de la agroindustria implican una urbanización del espacio agrario. Desde la edificación precaria y exprés al delineamiento de un verdadero trazado urbano densamente circulado por cuerpos, insumos y mercancías, pasando por regulación e industrialización del trabajo y los tiempos vitales de amplias masas de asalariadas y asalariados y, sobre todo, por el nuevo poblamiento masivo de esos entornos.

### 3. Preguntas

En esta sección me apropio de las herramientas extraídas de los tres libros para hacerle preguntas teóricamente fecundas a los espacios sociales de la agroindustria global. A través de ese procedimiento construyo un plan de trabajo para investigar cómo esos espacios son producidos. Comenzando por *Contra lo común*, podemos empezar por preguntarnos qué rol juega la planificación espacial estatal en la tendencia de la agroindustria a cristalizar en espacios segregados. Problema que cobra especial peso en relación a los alojamientos proporcionados por el empresariado dentro de las fincas, al ser este un modelo habitacional no impulsado por las propias trabajadoras y trabajadores. ¿Son instalaciones promovidas por las propias empresas de acuerdo a sus propios objetivos (y cuáles serían estos)? ¿En qué medida hay también una intervención estatal? ¿Existen regulaciones que promuevan estos alojamientos (y de nuevo, de acuerdo a qué lógica)? ¿Cómo se gestaron históricamente esas disposiciones?

Los asentamientos informales no aplican esas mismas preguntas al tratarse de lugares e (infra)viviendas montadas por sus propios habitantes por decisión propia. Pero también sería importante inquirir: ¿cómo responden las administraciones estatales a esos desarrollos urbanísticos subalternos? ¿Se los intenta regular, o la respuesta es la indiferencia? ¿O se los favorece, incluso, por algún motivo? En cualquiera de esos casos sería importante entender cómo se inserta esa política espacial en otros marcos estratégicos

políticos más amplios (productivos, de gestión del orden público, de gestión migratoria, etc.).

Por otra parte, sería importante también entender cómo se relacionan las personas residentes en esos poblados con la regulación espacial y la estructura de la propiedad de la tierra a la hora de decidir dónde construir, de qué manera, etc. ¿Hay por su parte un acceso a información sobre esas cuestiones, y una consideración estratégica de la misma para intentar minimizar los riesgos de desalojo, o alguna consideración similar? ¿O no, y simplemente se vive y actúa de espaldas al contexto político y social de la sociedad de acogida a la hora de tomar esas decisiones? Seguir esos dos saltos lógicos (entender qué hace el Estado frente a los poblados de chabolas y cómo reaccionan a su vez las residentes) puede ser crucial para entender cómo es que los asentamientos se insertan en la estructura más amplia de la segregación, a pesar de estar diseñados y gestionados por las propias segregadas y segregados.

También es útil pensar estos problemas a través de la otra parte de la ecuación de *Contra lo común*: los comunes. ¿Existen comunes en los territorios de la agroindustria? ¿Han existido históricamente, en etapas anteriores del desarrollo del modelo? Y, ¿cómo se relaciona con estos las intervenciones espaciales desde actores de poder, estatales o no? Aquí la pregunta por los alojamientos en las fincas vuelve con fuerza: ¿en algún sentido se ha favorecido ese modelo habitacional en un intento de desactivar comunes que, en los sentidos descritos en el libro, estuvieran alimentando una concentración de excesivo (contra)poder en manos del proletariado agrícola migrado? Comunes de la publicidad, o de la centralidad, o cristalizados de acuerdo a alguna otra configuración comparable. Es inevitable, además, pensar en este punto en los asentamientos de chabolas y en la autogestión (precaria, mísera..., pero autogestión) que los constituye.

Respecto a *Venir de barrio*, resulta especialmente prometedor (e innovador) llevar a estas encrucijadas de urbanización planetaria su enfoque que analiza las transformaciones socioespaciales poniendo la mirada en las motivaciones subjetivas e itinerarios vitales de quienes las habitan y, en especial, en sus estrategias de reproducción social. En muchas ocasiones, los estudios sobre agroindustria o urbanización planetaria ponen el peso de la causalidad en las transformaciones estructurales, o en las estrategias de actores de poder. Las personas insertas en esos procesos desde una posición subalterna aparecen más bien como las víctimas de esos procesos, sobre las que en todo caso habrá que estudiar sus condiciones de vida, de trabajo, de salud, o cómo perciben vivencialmente todo aquello.

No obstante, tal como muestra el estudio de Gutiérrez Cueli para el caso de los PAU, siempre hay una parte del proceso irreductible a ser comprendida si no se mira hacia abajo, hacia ellos y ellas, y hacia los trasfondos y las pequeñas historias que explican sus decisiones, conductas y deseos. Aunque sea, en el menor de los casos, porque la mudanza (ni a los PAU ni a los enclaves agroindustriales) no son traslados forzosos.

Cada uno de sus habitantes ha decidido moverse allí por sus propios motivos, que tienen sentido desde su perspectiva. Sin esa acumulación de decisiones habitacionales y vitales micro, ninguno de esos desarrollos sería posible, colapsarían antes de arrancar sin afluencia de gente que los habite.

Habría que explicar desde las propias coordenadas vitales de estas personas, para empezar, por qué siguen acudiendo a integrarse en los enclaves como mano de obra, a pesar de la explotación, la segregación y el desprecio por su misma existencia. ¿Responde también aquí a estrategias de reproducción social, en un sentido de búsqueda de bienestar y movilidad social ascendente? Es probable que, al menos en parte, sea así, pero ¿cuál es el contenido de esas estrategias? ¿Qué recursos movilizan? ¿Qué aspiraciones concretas se manejan, y de acuerdo a qué nociones de sentido común? ¿Qué dinámicas históricas han producido esas estrategias?

Volvamos ahora a diferenciar entre viviendas en las fincas y asentamientos chabolistas. En los casos en que en un mismo enclave coexistan ambos modelos y las trabajadoras y trabajadores elijan en cuál se insertan, sería importante estudiar desde este enfoque de racionalidades prácticas y situadas las lógicas y trayectorias que explican esas decisiones. Además, sobre todo en el caso de los asentamientos informales, comprender las estrategias que guían sus prácticas se vuelve aún mucho más relevante, al tener aquí esas prácticas un impacto socioespacial mucho mayor.

*Migrascapes*, finalmente, nos sirve para, a través de los conceptos de Appadurai que moviliza y operacionaliza para la investigación empírica, poner el foco en aspectos de las realidades que nos interesan que, de otra manera, podrían quedar invisibilizados. O dados por hecho y no cuestionados que, a efectos de investigación, acaba siendo algo muy parecido. En particular, incorporar la noción de paisajes étnicos nos permite hacer dos operaciones. Por un lado, visualizar a las trabajadoras y trabajadores migrantes como parte constitutiva del paisaje étnico de los territorios de los enclaves agroindustriales favorece que nos preguntemos también cómo ese espacio social se ha transformado por su llegada e incorporación, y no sólo cómo las estructuras sociales del enclave les afectan a ellos y ellas.

Conceptualizarles así nos ayuda a no perder de vista, primero, el hecho de que su misma presencia implica en sí misma un cambio en la composición social (de clase, etnoracial, cultural, epistémica, etc.) del lugar. Y que además ese cambio en la composición social, sin lugar a dudas, habrá tenido ecos significativos y duraderos en los más diversos aspectos de la vida social de esos lugares: en sus equilibrios económicos, o ideológicos, o de política pública..., y, sin duda, espaciales. En este sentido, las preguntas que *Migrascapes* nos ayuda a hacer se entrelazan muy bien con las que extraíamos de *Venir de barrio*: cada uno acentuando aristas distintas del problema, pero en ambos casos se trata de reconocer al sujeto subalterno como agente de cambio y no sólo como víctima del proceso.

Si seguimos tirando de ese mismo hilo, y siempre manteniendo en nuestro campo de visión la idea de paisajes étnicos, llegamos también a preguntarnos cuánto de esos cambios se explican a través de las idas y venidas entre destino (los espacios de la agroindustria global) y origen (los diversos lugares de procedencia, en cada caso). Idas y venidas de las propias personas y de las prácticas, saberes, expectativas y redes interpersonales que portan consigo. La noción de paisajes étnicos nos aporta la mirada translocal que no olvida que la evolución de nuestras sociedades contemporáneas se explica a través de dinámicas anudadas en múltiples territorios a nivel global. Y así, podemos hacernos preguntas como: ¿en qué medida las decisiones laborales y habitacionales que las personas trabajadoras toman en el enclave se orientan a acumular recursos para estrategias de reproducción social desplegadas luego en origen? O, en el caso concreto de los asentamientos de chabolas, ¿en qué medida están trayendo (o bien rearticulando o reinterpretando) saberes y técnicas espaciales y relacionales de sus lugares de procedencia?

#### **4. Conclusiones**

La pregunta por los comunes, reformulada, permite sintetizar las diferentes líneas de reflexión del apartado anterior, y acoplar las tres propuestas de la forma más sugerente. Pues, ¿y si diversas estrategias de reproducción social (Gutiérrez Cueli, 2023) translocales, en circulación entre distintos paisajes étnicos y moduladas por todos ellos (Aris Escarcena et al., 2023), estuvieran funcionando como el motor y el método de los comunes frente a los que se construye la planificación espacial (Sevilla-Buitrago, 2023) en los espacios de la agroindustria? ¿Y si la urbanización acelerada de esos amplios territorios agrarios fuera la solidificación espacial de la dialéctica entre comunes étnicos, o paisajes comunales, para la reproducción social, e intervenciones estatales desde arriba para gobernarlos, neutralizarlos y disolver así todo obstáculo a la acumulación de capital? Construir teóricamente así nuestra mirada hacia estos procesos, abordar desde estos parámetros nuestra incursión empírica en los mismos, desactiva de antemano distintas tentaciones analíticas que tienen que ver con conceptualizarlos como fenómenos unidireccionales y monocausales. Evita, así, que dejemos fuera de nuestro campo de visión las grandes parcelas de la realidad que se explican a través de la intervención decisiva de gentes humildes.

Ni la implosión funcional del mundo urbano ni la explosión que lo desparrama por el planeta en todas direcciones son procesos que respondan linealmente a planes unilaterales de sectores dominantes. En las sociedades de capitalismo industrial y postindustrial la planificación espacial es omnímoda, pero su eficacia reguladora tiene límites y siempre debe adaptarse a lo que están haciendo el resto de actores en liza, incluyendo las clases subalternas. Esos sujetos de a pie, ya sean individuos, familias, redes relacionales o colectivos, construyen sus vidas y toman decisiones de acuerdo a sus propias estrategias situadas para el mantenimiento y mejoramiento de la vida, y esas prácticas desde abajo tienen efectos reales en la conformación de los espacios sociales. Y en el



acelerado, fluido e hiperconectado mundo contemporáneo esos procesos no pueden entenderse sin considerar la circulación y el ensamblaje transnacional de humanidades, ideologías y representaciones mediáticas (así como capitales y tecnologías). Sin considerar esos vectores de cambio no podremos comprender qué impulsa, modula y hace evolucionar los procesos por los que espacios hasta ahora rurales se van urbanizando, industrializando económica y existencialmente y convirtiéndose en engranajes de maquinarias de valorización reguladas desde ciudades.

Finalmente, vale la pena hacer nuestra la llamada de Sevilla-Buitrago a usar el conocimiento empírico y los análisis críticos acerca de procesos socioespaciales opresivos como trampolín para idear otras configuraciones espaciales posibles. Espacialidades que favorezcan por una vez, a contracorriente de la historia, que las clases subalternas, sus comunes y estrategias vitales sean la fuerza social preponderante, y todo lo que obstaculice su desarrollo sea regulado y desempoderado. Si la modernidad capitalista se ha caracterizado por el uso de las modernas tecnologías gubernamentales, cognitivas y productivas para desequilibrar la atávica dialéctica entre sociedad y poder en favor de este último, debemos imaginar y alumbrar una modernidad democrática que invierta esa operación, y que lo técnicamente potenciado hasta niveles nunca vistos sean las autonomías populares (Öcalan, 2016). Por eso es crucial reavivar la llama de esa imaginación utópica desafortunada en los tiempos de Lefebvre, hoy tan aparentemente mustia y reseca. Porque no, utopía no es una isla, pero sí ha sido en el pasado y debe volver a ser el combustible anímico de las erupciones más audaces e irrefrenables de transformación social (Martínez, 2020).

Para idear utopías radicalmente creativas pero ancladas en lo posible podemos servirnos del método transductivo de Lefebvre (2017): una continua indagación de ida y vuelta entre la teoría y el análisis pormenorizado de los fenómenos sociales realmente existentes, que nos permita identificar las posibilidades inscritas en estos últimos en términos de formas alternativas de existencia social. Cerremos el ensayo haciendo el ejercicio de agarrar esa hoja de ruta y encañonarla, de nuevo, hacia los espacios urbanizados y migrantizados de la agroindustria global. Ni queda espacio ni respondería al objetivo de este texto desplegar todo un desarrollo de ese tipo. Apuntaré únicamente algunas intuiciones de partida, transductivamente apoyadas en lo que sabemos de estos territorios y en las propuestas teóricas que aquí se han discutido. Por si ayuda a abrir una discusión o, al menos, para dejar abierto un hilo que retomar en otro momento más adelante.

Si los asentamientos informales, aunque sean los nodos donde se concentra la peor precariedad material, son al mismo tiempo los únicos recodos de autogestión de los propios espacios y tiempos, ¿no serán el lugar donde ir a buscar semillas de otras lógicas organizacionales, otra forma de relación social, que permitan por fin poner esos espacios productivos al servicio del común? En lugar de arrasar de una embestida los asentamientos y todo lo que albergan, que parece ser la única manera que se contempla de

combatir la extrema pobreza habitacional asociada a la agroindustria, ¿no habrá más bien que idear formas de emancipar la autogestión desplegada en las chabolas de esas condiciones de miseria y marginación en qué ha emergido? ¿No encontraremos aquí una clave para vislumbrar una urbanización planetaria de signo opuesto, como integración creciente de abajo a arriba de espacialidades autónomas, organizadas para cuidar y garantizar la reproducción social de sus habitantes?

## 5. Referencias bibliográficas

AlJazeera (2024). Thais killed near Israel-Lebanon border, Israeli jets pound Beirut suburbs. *AlJazeera*, 1 de noviembre, ([enlace](#)).

Appadurai, Arjun (1990). Disjuncture and difference in the global cultural economy. En Mike Featherstone (ed.), *Global culture. Nationalism, globalization and modernity*. Sage. <https://doi.org/10.1215/08992363-2-2-1>

Arboleda, Martín (2016). Spaces of Extraction, Metropolitan Explosions: Planetary Urbanization and the Commodity Boom in Latin America. *International Journal of Urban and Regional Research*, 40(1), 96-112. <https://doi.org/10.1111/1468-2427.12290>

Aris Escarcena, Juan Pablo; Anastasia Bermúdez Torres, Simone Castellani, Francisco José Cuberos Gallardo, Emma Martín Díaz y Marta Rodríguez-Cruz (2023). *Migrascapes. Paisajes étnicos, mediáticos y de ideas*. Catarata.

Aris Escarcena, Juan Pablo; Simone Castellani y Francisco Javier Cuberos Gallardo (2023). Paisajes étnicos. En J. P. Aris Escarcena; A. Bermúdez Torres; S. Castellani; F. J. Cuberos Gallardo; E. Martín Díaz y M. Rodríguez-Cruz, *Migrascapes. Paisajes étnicos, mediáticos y de ideas* (pp. 47-100). Catarata.

Báez Boza, Aurora (2024). Decenas de colectivos sociales exigen un corredor de emergencia para llevar agua a los asentamientos en Huelva. *El Salto*, 24 de julio, ([enlace](#)).

Borges, Annelisa y Natalie Huet (2020). Invisible workers: Underpaid, exploited and put at risk on Europe's farms. *EuroNews*, 17 de julio, ([enlace](#)).

Brenner, Neil (ed.) (2013). *Implosions /Explosions. Towards a Study of Planetary Urbanization*. De Gruyter.

Brook, Jack y Samphors Sao (2021). Death in a greenhouse. *Globe. Lines of thought across South East Asia*, 15 de octubre, ([enlace](#)).

Caxaj, Susana; Anelyse Weiler y Natasha Sofia Martínez (2024). *Raising the bar. Migrant agricultural workers' housing in Canada*. MIHA.

CBC (2021). Housing conditions for migrant workers in Canada 'worse than if we were in prison,' new report says. *CBC News*, 10 de junio, ([enlace](#)).

Cuatro (2024). Tres temporeros muertos y cuatro heridos al arrollar un camión sin frenos a una furgoneta en Valencia. *Cuatro*, 2 de septiembre, ([enlace](#)).

Denon, Brandon y Bernd Debusmann (2024). El costo del "sueño americano": los migrantes que mueren debido a las condiciones de trabajo extremas en EE.UU. *BBC News*, 3 de septiembre, ([enlace](#)).

Erwin, Anna; Chelsea Silva y Zhao Ma (2023). Selforganization for community resilience in an invisible agricultural community. *Frontiers in Sustainable Food Systems*, 7. <https://doi.org/10.3389/fsufs.2023.1160109>

Fries, Joe (2023). Sex assault claim spotlights abuse of migrant workers. *Penticton Herald*, 16 de diciembre.

Gutiérrez Cueli, Inés (2023). *Venir de barrio. Estrategias familiares, espacio y clase en los PAU de Madrid*. CSIC.

ILO (2021). *Working and employment conditions in the agriculture sector in Thailand: A survey of migrants working on Thai sugarcane, rubber, oil palm and maize farms*. International Labour Office.

Kotsila, Panagiota y Lucía Argüelles (2024). The necropolitics of expendability: migrant farm workers during COVID-19. *The Journal of Peasant Studies*, 51(2), 441-465. <https://doi.org/10.1080/03066150.2023.2243440>

KTimes (2024). Foreign worker's video exposes harsh conditions, highlights migrant labor issues. *KTimes*, 17 de diciembre.

Lefebvre, Henri (2017). *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing.

Lefebvre, Henri (2022). *La revolución urbana*. Alianza.

Leos, John (2023). Haitian sugar cane workers in the Dominican Republic suffer amid U.S. embargo on Central Romana. *Cronkite News*, 4 de agosto.

Martín Díaz, Emma (2023a). Introducción. En J.P. Aris Escarcena; A. Bermúdez Torres; S. Castellani; F.J. Cuberos Gallardo; E. Martín Díaz y M. Rodríguez-Cruz, *Migrascapes. Paisajes étnicos, mediáticos y de ideas* (pp. 11-46). Catarata.

Martín Díaz, Emma (2023b). Paisajes de ideas. En J. P. Aris Escarcena; A. Bermúdez Torres; S. Castellani; F.J. Cuberos Gallardo; E. Martín Díaz y M. Rodríguez-Cruz, *Migrascapes. Paisajes étnicos, mediáticos y de ideas* (pp. 169-244). Catarata.

Martínez, Layla (2020). *Utopía no es una isla. Catálogo de mundos mejores*. Episkaia.

Mbembe, Achille (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40. <https://doi.org/10.1215/08992363-15-1-11>

Millis, Leah (2015). Without Water, Without Work. En: <http://www.leahmillis.com/without-water-without-work/>

Molinero, Yoan (2020). Produciendo comida y trabajo baratos: migraciones y agricultura en la ecología-mundo capitalista. Tesis Doctoral. Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid.

Mukhija, Vinit y Mason, David (2014). Resident-Owned, Informal Mobile Home Communities in Rural California: The Case of Rancho Don Antonio, Coachella Valley. *Housing Policy Debate*, 25(1), 179-194. <https://doi.org/10.1080/10511482.2014.921220>

Musikawong, Sudarat (2022). Understanding the gaps between the bilateral regularization of migration and workers' rights: The case of agricultural migrant workers in Thailand. *Theoretical Inquiries in Law*, 23(2). <https://doi.org/10.1515/til-2022-0020>

Neuman, Scott y Daniel Estrin (2024). In northern Israel, migrant workers are farming while under fire from Hezbollah. *NPR*, 14 de noviembre, ([enlace](#)).

Öcalan, Abdullah (2016). *Democratic Nation*. International Initiative.

Palumbo, Letizia; Alessandra Corrado y Anna Triandafyllidou (2022). Migrant Labour in the Agri-Food System in Europe: Unpacking the Social and Legal Factors of Exploitation. *European Journal of Migration and Law*, 24(2), 179–92. <https://doi.org/10.32920/24281308>

Parent, Deepa y Tom Levitt (2024). 'Working here is hell': latest death of farm worker in 40C heat shocks Italy. *The Guardian*, 27 de agosto, ([enlace](#)).

Pascual, Ana María (2022). La odisea de las temporeras para que los jueces las crean al denunciar abusos sexuales. *Público*, 29 de julio, ([enlace](#)).

Ramos, Mariejo (2024). South Korea accused of 'human trafficking' with seasonal worker program. *The Japan Times*, 11 de junio, ([enlace](#)).

Reviejo, Santiago (2022). La familia de un temporero muerto en un incendio en Huelva recibe el cuerpo en Marruecos más de dos años después. *Público*, 29 de abril.

Rodríguez-Cruz, Marta y Anastasia Bermúdez Torres (2023). Paisajes mediáticos. En J.P. Aris Escarcena; A. Bermúdez Torres; S. Castellani; F.J. Cuberos Gallardo; E. Martín Díaz y M. Rodríguez-Cruz, *Migrascapes. Paisajes étnicos, mediáticos y de ideas* (pp. 101-164). Catarata.

Roger, Keil (2018). Extended urbanization, "disjunct fragments" and global suburbanisms. *Environment and Planning D: Society and Space*, 36(3), 494 – 511. <https://doi.org/10.1177/0263775817749594>

Ruiz Ramírez, Carlos; Juan Castillo Rojas-Macros y Yoan Molinero Gerbeau (2024). *Essential but Invisible and Exploited: A literature review of migrant workers' experiences in European agriculture*. Oxfam.

Saldanha, Kennedy (2022). The invisibility of farmworkers: Implications and remedies. *Latino Studies*, 20, 28–49. <https://doi.org/10.1057/s41276-021-00349-w>

Sanz, Elena (2023). Sexual violence is a pervasive threat for female farm workers – here's how the US could reduce their risk. *The Conversation*, 31 de julio, ([enlace](#)).

Sevilla-Buitrago, Álvaro (2013). Urbs in rure: historical enclosure and the extended urbanization of the countryside. En N. Brenner (ed.), *Implosions /Explosions. Towards a Study of Planetary Urbanization* (pp. 236-259). De Gruyter.

Sevilla-Buitrago, Álvaro (2023). *Contra lo común. Una historia radical del urbanismo*. Alianza.

Williams, Evan (2024). Japan's Economic Wasteland: Abused and Exploited Migrant Workers. *International Policy Digest*, 29 de marzo, ([enlace](#)).

Wilson, Jim (2024). Charges relating to 2021 death of farm worker dropped. *Canadian Occupation Safety*, 12 de noviembre, ([enlace](#)).